SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

LUCHA DE CLASES

ZARZUELA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO Y JOAQUÍN ABATI

MÚSICA DE

ELADIO MONTERO

Representada por primera vez en el Teatro Eslava el día 27 de Octubre de 1900.

MADRID
FLORÍN, 8, BAJO
1900

LUCHA DE CLASES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

425122

LUCHA DE CLASES

ZARZUELA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO Y JOAQUÍN ABATI

MÚSICA DE

ELADIO MONTERO

Representada por primera vez en el Teatro Eslava el día 27 de Octubre de 1900.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1900

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Adela	Srta. Pla.
Doña Segismunda	» Alba.
Marcelina	Sra. Salvador.
Teresa	Srta. González.
Don Rufino	Sr. García Valero.
Doroteo	» González.
Celestino	» González Morales.
Roldán	» Mariner.
Un maître d'hôtel	» Ripoll.
Camarero 1.º	» Angulo.

CAMAREROS, CRIADAS, VECINAS

La accion en Madrid.—Época actual.

Derecha é izquierda las del actor mirando al público.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Trastienda de una tienda de ultramarinos. Al foro puerta grande, por la cual se ve parte del interior de la tienda, vivamente iluminado. Frente á dicha puerta, por la parte de dentro, un mostrador con un peso, quedando el que despacha de espalda á la misma. Forillo de tienda representando estantería con géneros; dentro de la trastienda dos ó tres sacos de garbanzos arrimados á la pared del foro. A la izquierda mesa grande de escritorio con libros de comercio, papeles, recado de escribir, un bote de tinta, con pincel, etc., etc. Al foro izquierda puerta con cortina que se supone conducir á las habitaciones superiores. A la derecha, en primer término otra puerta con ventanillo que da al portal de la casa. En primer término izquierdo, otra puerta que conduce á la bodega. Es de noche. Colgado de la pared del centro un cuadro con una medalla y una corona de laurel.

ESCENA I

Al levantarse el telón, DOROTEO está sentado junto á la mesa de escritorio, y CELESTINO de espalda á la puerta del foro, despacha á una criada; ambos visten largas blusas de dril.

DOROTEO. (Escribiendo.) «Sí; prima, si te casan con ese hombre, me envenenaré. Me tomaré una caja de cerillas de la serie quinta, disuelta en «anís del Mono». Sí, prima; tengo la existencia trastornada...»

CELEST. (Asomándose á la puerta.) Oye, ¿cuánto vale el kilo de pimienta?

DOROTEO. (Escribiendo.) «Nada.»

CELEST. ¿Cómo que nada?

DOROTEO. Seis pesetas, hombre. (Celestino continúa despachando. Doroteo sigue escribiendo.) «Porque te adoro como el jilguero á la jilguera, como la golondrina al golondrino... Sin ti se han acabado mis ilusiones, se han acabado...»

CELEST. (Asomándose.) Oye, ¿quedan anchoas?

DOROTEO. No quedan. (Vase Celestino.) «Se han acabado las anchoas.» Vaya (Dando un puñetazo en la mesa, borrando y escribiendo de nuevo.) «Las esperanzas de mi vida. Tú verás lo que haces. Recibe una lágrima de tu DOROTEO.»

ESCENA II

DICHOS, D.ª MARCELINA, TERESA (con una cesta).

CELEST. (Dentro.) Hola, Teresa. Felices, doña Marcelina.

DOROTEO. ¡Ahí está la bailarina andaluza!

CELEST. (Dentro.) Sí, señora; los tenemos muy buenos; pasen ustés, que se los voy á enseñar. (Entran los tres por la tienda.) Miste (señalando los talegos) Estos, á una cuarenta; éstos, á una setenta y cinco... (Cogiendo un puñado de garbanzos y dejándolos caer luego en el talego.) Contra más cuecen, contra más duros se ponen, digo, más blandos... Miste qué aparentes.

MARC. Bueno; envuélveme dos kilos de éstos. (Celestino lo hace.) Hola, Doroteo.

DOROTEO. Muy buenas.

MARC. ¿Es verdad lo que me han dicho, que se casa tu prima?

DOROTEO. (Con voz alterada) Sí, señora.

MARC. Y dicen que con un ingeniero... ¡Qué boda, hijo! Ya estaréis contentos, ¿eh?

DOROTEO. Sí, señora. (Rompiendo á llorar.) Contentísimos. (Se enjuga las lágrimas con la blusa.)

MARC. ¡Cómo! Pero, hijo mío, ¿qué te pasa?

DOROTEO. Pues me pasa que yo la quiero y ella me quiere, y mi tío, que antes consentía nuestros amores, ahora dice que su hija tié que ser pa uno de carrera. Y se le ha metío por los ojos ese que vino recomendao por un amigo de Valladolid para tratar no sé de qué negocio, y le ha hecho que se quede aquí y hasta ha pernotao en casa... Y mire usted, doña Marcelina, yo comprendo que no soy ingeniero, ni siquiera ingenioso, pero tampoco soy tan despreciable... Sé de cuentas hasta decimales, y mire usted... (enseñando las manos) ni un sabañón.

MARC. No seas niño y no te mortifiques. Las mujeres no damos más que disgustos.

CELEST. Contra más las contemplamos, contra más gaitas se ponen, ¿eh? (Haciendo una caricia á Teresa.)

TERESA. (Rechazándole.) ¡Estate quieto, abejorro!

MARC. Vaya, voy á hacer una visita y á la vuelta recogeré esos garbanzos. ¡Ah! (A Celestino.) Mándame la factura, porque pasado mañana me marcho á Canarias, contratada de primera bailarina. Adiós. (A Doroteo.) Si en algo puedo servirte, ya sabes...

DOROTEO. Mil gracias, señora. (Vanse Marcelina y Teresa seguidas de Celestino.)

ESCENA III

DOROTEO, SEGISMUNDA, CELESTINO.

SEGISM. (Dentro.) ¡Doroteo! (Saliendo.) ¡Doroteo!

DOROTEO. ¿Qué manda usted, tía?

SEGISM. ¿Pero no ha venido Rufino?

DOROTEO. No, señora.

SEGISM. ¡Jesús, qué hombre! Y son las nueve y media, y hay que vestirse y cerrar la tienda. Arriba ya está todo listo. (Llamando.) ¡Celestino!

CELEST. Señora. (Saliendo de la tienda.)

SEGISM. ¿Habéis colocado en la escalera las macetas de *ómnibus?*

CELEST. Todas. Está preciosa. Paece propiamente el Retiro, sólo que en cuesta.

SEGISM. (A Celestino.) Bien. Tú ayudarás á los mozos que vengan á servir los helaos y los dulces. (A Doroteo.) Tú recibirás á los convidaos. Te hemos comprao una librea preciosa.

DOROTEO. (Indignado.) ¿Cómo? ¿A mí? ¡Tía! !Que yo no soy ningún lacayo!

SEGISM. Tú harás lo que te manden, y si no... por la puerta se va á la calle... ¡Pues hombre!

DOROTEO. (¡Marcharme! Pero... y ¿Adela? ¡No, jamás ¡Yo me vengaré!) Está bien, tía, me pondré la librea.

SECISM. Vendrá lo mejor de Madrid. Hoy es el cumpleaños de tu tío, y ya sabes que tenemos costumbre de celebrarlo dando un baile á nuestra clientela. Quiero chafar á Peláez, el sastre de enfrente, que nos tiene mucha tirria, y da otro baile esta noche sólo por deslucirnos. ¡Qué hombre más envidioso! Si nosotros revocamos la

fachada, él cambia los escaparates; si subimos el aceite, él sube las americanas; si bajamos el vinagre, él baja los pantalones... ¿Tendrá mala intención, que hasta cumple años el mismo día que tu tío? Además, hoy presentamos á nuestros amigos al futuro de Adela, y hay que echar la casa por la ventana.

DOROTEO. (¡A él sí que le echaría yo por cualquier parte!)

SEGISM. Conque... ¡listos, á prepararlo todo! (Vase foro izquierda.)

DOROTEO. (¡Me ahoga la ira!)

CELEST. Contra más te pudras, contra menos adelantas.

ESCENA IV

DOROTEO, CELESTINO, DON RUFINO.

RUFINO. (Dentro.) ¡A ver! ¡Que está la tienda sola!

CELEST. Es don Rufino. (Celestino y Doroteo se acercan á la puerta de la tienda á tiempo que entra por ella don Rufino, cargado de paquetes, con gabán largo, sombrero de copa, corbata blanca y botas de charol.)

RUFINO. Vamos, despacharse, que hay que cerrar enseguida. (Doroteo y Celestino salen á la tienda.) ¡Uf! ¡Lo que he corrido! (Coloca los paquetes sobre la mesa.)

Música.

RUFINO.
No hay nada más sencillo
que dar un baile
de sociedad,
cuando el amo de casa

se sabe de memoria
todas las reglas
de urbanidad.
Y yo las sé,
porque de chico
las estudié.
El que tiene una tienda
de ultramarinos,
aunque sea un zoquete
se vuelve fino,
porque aprende vocablos
á todas horas,
tratando con criadas
y con señoras.
Yo esta noche quedo
muy superiormente,
y doy un disgusto
al sastre de enfrente.
Para que se entere,
si no lo sabía,
de que hay en el mundo
clases todavía.
Va á venir lo mejor de Madrid
esta noche á bailar,
y á pasarse tres horas así
después de cenar. (Baila.)
Si llega una señora
se ofrece el brazo,
doblando la columna
del espinazo.
Y si es un caballero
se le saluda
con una reverencia
morrocotuda.
Si son parroquianos
que pagan facturas
se les lleva aparte
con mucha finura,
y se les avisa

de que ya han llegao
la rica lenteja
y el buen bacalao.
Y danzando de aquí para allí
sin perder el compás
se acredita la tienda y así
se vende algo más. (Baila.)

ESCENA V

DICHOS y SEGISMUNDA.

Hablado.

SEGISM. (Saliendo.) ¡Vamos, hombre! ¡Gracias á Dios! ¿Qué has hecho?

RUFINO. Todo. He comprado guantes blancos, cigarros... ¡la mar! He ido á la fonda de París á encargar una cena de ochenta cubiertos. Me han prometido mandar ocho camareros y un... ¿cómo dijeron? ¡Ah, sí! un *maestro* de hotel para servirla. Después á la repostería á encargar los helados. Precisamente Peláez los ha encargado allí también... Yo he exigido que los nuestros estén más fríos que los suyos, y si no los devuelvo.

SEGISM. Bien hecho.

RUFINO. Después al cuartel de Alabarderos.

SEGISM. ¿Para qué?

RUFINO. Para ver si me prestaban cuatro alabarderos, aunque fuera pagando algo, con objeto de poner dos en cada descansillo de la escalera.

SEGISM. ¿Y qué te han dicho?

RUFINO. Me han dicho que si no me marchaba pronto de allí me daban cuatro puntapiés salva sea la parte.

SEGISM. ¡Qué lástima!

RUFINO. De todos modos, el baile va á ser brillante. Más de cien invitaciones se han repartido. Afortunadamente la casa es nuestra y sobran salones. Nos vamos á lucir.

SEGISM. Lo que yo siento es que no haya parecido la pulsera. Con ella hubiera dao el golpe.

RUFINO. Ya ha salido el anuncio. Ahí lo tienes. (Le entrega un número de *El Imparcial.*)

SEGISM. «Pérdida.» Aquí está. «Desde la calle de Don Pedro á la de Don Martín, pasando por el Viaducto, se ha extraviado una pulsera de oro con cuatro brillantes y una esmeralda. Se agradecerá la devolución por ser recuerdo de familia. Al que la presente, etc., etc »

RUFINO. Sigue, sigue. He aprovechado la ocasión para anunciarme debajo.

SEGISM. ¡Ah! ¡Sí! (Leyendo.)

«Pegote: Atocha, seis duplicado,
tiene la mejor judía
que se fabrica en el día;
y en las conservas de lata,
nadie le puede echar la pata.»

RUFINO. ¿Eh? ¿qué tal?

SEGISM. Preciosos.

RUFINO. Pues volviendo á nuestro baile, he invitado á todo el cuerpo diplomático... aunque no creo que venga, pero así cumplo.

SEGISM. ¿Y al gobernador?

RUFINO. También.

SEGISM. Ese sí vendrá, porque es de Castrourdiales, como tú, y además, su señora lleva de aquí las velas.

RUFINO. Por eso. En fin, que vamos á llamar la atención. ¿A que no nos pasa ahora lo que hace dos años?

SEGISM. Que nos criticaron tanto porque no di-

mos más que agua de seltz de refresco.

RUFINO. Pero este año... ¡friolera!... helados... una gran cena... ¿Cómo será la cena, que la tiene que servir un *maestro?* ¡Ah! he pensado otra cosa.

SEGISM. ¿Cuál?

RUFINO. A todo el que venga se le dará parte en un décimo de la lotería.

SEGISM. Me parece bien. Hay que echar el resto.

RUFINO. Ahora verás. ¡Celestino!

CELEST. (Saliendo de la tienda.) ¿Qué quié usté?

RUFINO. Que suban arriba todo el champán que hay de la *Veuve de Cliquot Pousardin.* (Pronunciándolo como está escrito.)

CELEST. No queda.

RUFINO. Entonces, *Carte Blanche* ó *Gladiateur.* (Idem.)

CELEST. Bueno. (Vuelve á la tienda.)

RUFINO. Es necesario que nuestro futuro yerno vea que hay rumbo.

SEGISM. Apropósito, cuando bajé estaba escribiendo una carta y me dijo que le habías prometido enseñarle la bodega.

RUFINO. Cierto, no me acordaba... ¡Pero qué suerte la nuestra, Segismunda! ¡Mira tú que casar á nuestra chica con un ingeniero!

SEGISM. ¡Lo que van á rabiar las de Pinilla! ¿Con quién dirás que se ha casado la mayor?

RUFINO. No sé.

SEGISM. Con uno que está en el hospital.

RUFINO. ¿Con un enfermo?

SEGISM. No, hombre; con un empleado.

RUFINO. ¡Ah, ya! En cambio la nuestra...

SEGISM. Pero, oye. ¿Tú estás seguro de que ese señor Roldán es hombre que vale?

RUFINO. ¿No ha de valer? Es ingeniero mecánico. En Valladolid tiene mucha fama... En fin, ¡si tendré confianza en él, que pienso entregarle mil duros para montar una má-

quina de cerrar botes de conserva que vamos á explotar juntos! ¡Ah! es un inventor terrible. No se pasa día sin que invente algo. ¡Calcula tú el fortunón que espera á nuestra hija! Y apropósito, ¿y Adela? Está más conforme?

SEGISM. No. Se pasa el día llorando y dice que, ó Doroteo, ó servir á Dios.

RUFINO. Bueno; eso ya lo veremos. Anda... (Vase Segismunda por el foro izquierda, llevándose los paquetes.)

ESCENA VI

RUFINO, DOROTEO.

RUFINO. (Llamando.) ¡Doroteo!

DOROTEO. (Saliendo de la tienda) Tío...

RUFINO. Ven acá. Es preciso que olvides á tu prima. De lo contrario, tendremos un disgusto. Yo no puedo dar mi hija á un hombre oscuro.

DOROTEO. ¿Oscuro yo?

RUFINO. ¿Crees tú que la he enseñado el inglés y á montar en bicicleta y su miajita de geografía para dártela á ti? ¡Pues no, señor! Mi hija será ingeniera mecánica: ¿entiendes?

DOROTEO. ¿Y cómo antes consentía usted?

RUFINO. Porque hacía como que no lo notaba. Basta de conversación.

DOROTEO. (¡Qué infamia!)

ESCENA VII

DICHOS, ROLDÁN, luego CELESTINO.

ROLDÁN. (Foro izquierda.) ¡Querido Don Rufino! (Lleva una carta cerrada en la mano.)

RUFINO. ¡Señor de Roldán!

ROLDÁN. (A Doroteo.) Oye, muchacho.

DOROTEO. (¡Muchacho!)

ROLDÁN. Esta carta para el interior; que la lleven enseguida.

DOROTEO. (Cogiéndola con violencia.) Bueno; cuando venga el chico... que ha salido.

ROLDÁN. (¡Qué genio!) (Doroteo deja la carta sobre la mesa.)

RUFINO. ¿Qué tal? ¿Se ha inventado algo nuevo?

ROLDÁN. Sí, señor; un colador eléctrico. Esta mañana, lavándome, se me ocurrió.

RUFINO. (¡Qué talentazo!) A mí me entusiasman los inventos modernos. ¡Ese telégrafo! ¡Ese teléfono! ¡Ese Telémaco! Vaya, cuando usted guste.

ROLDÁN. ¡Vamos allá!

RUFINO. La tienda ya la vió usted.

ROLDÁN. (Señalando las cajas.) ¿Qué es eso? (Sale Celestino de la tienda.)

RUFINO. Galletas. (Señalando á los sacos.) Y éstos son garbanzos.

CELEST. Contra más cuecen, contra más...

RUFINO. (Dándole un manotón.) ¡Calla!

CELEST. ¿Pues no me ha encargao usté que lo diga?

RUFINO. (Dándole otro manotón.) ¡Que te calles!

ROLDÁN. (Fijándose en el cuadro del centro.) ¡Hola! Recompensas, ¿eh?

RUFINO. Sí de la Exposición industrial... Presenté

escabeche de atún, y me dieron eso y la cruz blanca del Mérito naval.

ROLDÁN. Claro. Siendo pescado...

RUFINO. Por aquí. (Vanse primera izquierda.)

DOROTEO. Permita Dios que te dé la fiebre amarilla.

CELEST. Anda; díctame la factura de D.ª Marcelina.

DOROTEO. Ya voy (Coge un libro de la mesa. Celestino sale á la tienda y se sienta á escribir en el mostrador, de espalda á la puerta. Doroteo dicta desde el umbral.) «Tapioca, dos pesetas quince.»

ESCENA VIII

DICHOS ADELA.

Música.

ADELA. (Saliendo.) ¡Doroteo!

DOROTEO. ¡Adela!

ADELA. No te pongas triste,
que yo no consiento
que te sacrifiquen.

DOROTEO. Tú vales un mundo,
cuerpo de jazmines.

ADELA. Y tú ¿cuánto vales?

CELEST. Dos pesetas, quince.

DOROTEO. Espera un momento,
voy á ver el libro.
(A Celestino.) «Tres velas de esperma,
cero veinticinco.»
(A Adela) Te he escrito una carta
desconsoladora.

ADELA. Dámela en seguida.

DOROTEO. No la abras ahora,
porque en ella digo
lo que sufro y peno,

y que si me dejas
tomaré un veneno.

ADELA. Doroteíto,
¡qué cosas tienes!
No digas eso,
no te envenenes.

DOROTEO. Es que yo te adoro
con un ansia loca,
toda mi existencia
pende de tu boca
y si no me quieres
con igual ahínco,
¿qué vale mi vida?

CELEST. Cero, veinticinco.

ADELA. Es que yo no quiero
que tú te me mueras,
que quiero que vivas
para que me quieras.

CELEST. Vamos, hombre, sigue,
ya os hablaréis luego.

DOROTEO. «Tres cuartos de kilo
de queso manchego.»

ADELA. Antes que olvidarte,
Doroteo mío,
bajaré con palma
al sepulcro frío.
Y por tu cariño
llegaré hasta el fin,
que es mi dulce encanto
mi Doroteín.

DOROTEO. Antes que olvidarte,
palomita mía,
bajaré con palma
á la tumba fría.
Y por tu cariño
llegaré hasta el fin;
porque mi primita
es un serafín.

ADELA. Mimín.

DOROTEO. Mimin.
CELEST. (Acercándose á ellos).
¡Tenéis la cabeza
llena de serrín!

Hablado.

CELEST. Bueno. ¿Qué más?
DOROTEO. (Á Adela.) Aguarda (Dictando muy de prisa. «Ostras en conserva, dos pesetas. Sardinas de Laredo, noventa céntimos. Una botella de Pajarete...»
CELEST. ¡Eh, eh! que me atolondro.
DOROTEO. Sigue.
ADELA. Te aseguro que antes de casarme con ese hombre, entraré en un convento de Ursulinas.
DOROTEO. Y yo en otro. ¿Hay conventos de Ursulinos?
ADELA. No sé, pero debe de haber... Pregúntalo.
DOROTEO. ¿Verdad que resistiremos?
ADELA. ¡Vaya! ¡Hasta la muerte!
DOROTEO. No es bastante. Más aún.
ADELA. Bueno, pues más. Hasta que nos cansemos.
DOROTEO. Eso. ¿Le has dicho algo á la tía?
ADELA. Sí; anoche la tiré una indirecta.
DOROTEO. Si soy yo, la tiro un cacharro.
CELEST. (Dentro.) «Pajarete.»
ADELA. Y la dije que ó ti... digo, ó tú, ó el claustro.
DOROTEO. Bien hecho.
CELEST. «Pajarete.»
DOROTEO. Pues el tío me ha dicho que te olvide, porque soy un hombre oscuro... ¡Ya ves!
ADELA. ¿Oscuro? ¡Pobrecito! Porque no eres rico te llaman oscuro.
DOROTEO. ¡Claro!
ADELA. No, oscuro.

DOROTEO. Digo que sí es por eso.

CELEST. (Gritando.) «¡Pajarete!» (Volviendo la cabeza.) ¿Te has dormido?

DOROTEO. No; haz otra sin ostras, que me he equivocado.

CELEST. ¡Vaya por Dios!

DOROTEO. (A Adela.) Y dice que no puedes ser mía porque sabes inglés.

ADELA. ¿Sí? Pues mañana mismo lo olvido. Que se fastidien.

DOROTEO. Y esta noche van á ponerme una librea en el baile. ¿Yo? ¿Yo sirviendo á ese hombre? ¿Y viéndote á ti bailar con él? No, eso nunca. ¡Me moriría dentro de la librea! Yo tengo que impedir ese baile... ponerlos en ridículo, ¡vengarme!

ADELA. ¿Y cómo lo vas á hacer?

DOROTEO. Eso digo yo. ¿Cómo? ¡Si se me ocurriera algo!

ADELA. Pues piensa. Cuenta conmigo para todo... Yo no quiero á ese hombre, no, y no. Tiene los ojos muy feos. Y además, come como un cavador... ¡Y á mí me gustan los desganados!

DOROTEO. Como yo, que no como más que cangrejos, y para eso dejo toda la cáscara.

CELEST. Ya está.

DOROTEO. (A Celestino.) Espera. (A Adela.) ¡Ah! Ya lo tengo.

ADELA. ¿Qué tienes?

DOROTEO. El medio de impedir el baile.

ADELA. ¿Sí? ¿Cómo?

DOROTEO. No... Ya lo verás luego.

ADELA. Bueno; en ti confío, Doroteín. No te achiques, ¿eh?

DOROTEO. ¡Ca! Oye: fíjate en unas cosas de pajaritos que te digo en la carta, ¿eh?

CELEST. Pero ¿dictas ó no?

DOROTEO. «Una botella de Pajaritos... digo, de Pa-

jarete. Judías blancas.» ¿Me dejas besarte un dedo? (Cogiéndola la mano.)

ADELA. No, quita.

DOROTEO. Anda; el chiquitín nada más. Mira cómo te lo pido. (Se pone de rodillas.)

ADELA. ¡Levántata, chico!...

DOROTEO. No quiero.

ADELA. (Alargando el dedo meñique.) Bueno, pues bésale; pero ese solo.

DOROTEO. (Besando) ¡Ay! ¡Qué dedito tan angelical! Dios te le conserve... Dios te le aumente...

ADELA. No; aumentarle no. Así me basta. ¡Eh! ¡Que me besas el de al lado! Avaricioso. (Retirando la mano).

DOROTEO. Es que soy corto de vista.

ESCENA IX

DICHOS, RUFINO y ROLDÁN.

RUFINO. (Dentro.) Gracias. Es favor.

ADELA. ¡Ay! ¡Papá! (Vase corriendo foro izquierda. En cuanto ha desaparecido salen por la primera izquierda D. Rufino y Roldán.)

DOROTEO. ¡El tío! (Sin levantarse y muy azorado.) «Judías blancas... judías blancas.» (Mirando al libro.)

RUFINO. Pero ¿qué haces ahí?

DOROTEO. «Judías blancas...»

RUFINO. ¿Estas rezando?

DOROTEO. Estoy dictando una factura á Celestino.

RUFINO. ¿De rodillas?

DOROTEO. Es comodidad. Digo es... es (Se levanta) debilidad que tengo en las piernas.

RUFINO. Este chico está loco. Vaya, á apagar y á vestirse, que es tarde. ¿Vamos, señor Roldán.

ROLDÁN. Sí, vamos. (Vanse por el foro izquierda.)

ESCENA X

DOROTEO, CELESTINO, luego el MAITRE D'HOTEL.

DOROTEO. ¡Qué susto! No acertaba á levantarme... Mira, Celestino, deja esa factura para mañana. Vamos á apagar y á recoger.

CELEST. Bueno. (Apaga las luces de la tienda, suena la campanilla de la puerta de la derecha, Doroteo abre y aparece el *Maitre d'hotel* vestido de frac, con gabán de pieles, acento extranjero.)

MAITRE. Dispense; como está cerrada la tienda, llamé por aquí.

DOROTEO. ¿Deseaba usted algún artículo?

MAITRE. ¡Oh, no! Solamente entregar al señor *Pegoto*...

DOROTEO. Pegote.

MAITRE. ¡Oh! *Pardon*, Pegote... El menu de la cena que encargó... (Le da un papel.) Soy el jefe de *cucina*.

DOROTEO. Cocina.

MAITRE. *Pardon*, cocina del Hotel de París.

DOROTEO. (Parece un banquero.)

MAITRE. Deseo que la examine, porque hemos tenido que variar algunos platos.

DOROTEO. Está bien... Se le dará.

MAITRE. Gracias. Después de una hora yo volveré para disponerlo todo. *Pardon*. (Retirándose).

DOROTEO. Vaya usted con Dios. (Vase el Maitre. Doroteo cierra.) ¡La cena! Ya os daría yo cena.

CELEST. (Saliendo de la tienda.) ¿Quién era?

DOROTEO. Un señor... Toma. (Dándole el menu.) Dale esto á mi tío. Yo no quiero ni hablarle. (Llaman.) ¿Otra vez? (Abre.)

ESCENA XI

DICHOS, TERESA.

TERESA. Vengo por los garbanzos; vamos, daros prisa, que me está esperando mi señora ahí fuera. (Celestino le da los paquetes y vuelve á entrar en la tienda.)

DOROTEO. Oye, Teresita, ¿quieres echar esta carta en el estanco al paso? (Entregándole la que recibió de Roldán y dejó sobre la mesa.)

TERESA. Con muchísimo gusto, hijo.

DOROTEO. Gracias, hija.

TERESA. Adiós. (Medio mutis.) ¡Ah! ¿Tenéis un poquito de laurel?

DOROTEO. Creo que no hay... ¡Ah, sí! Espera. (Yo le pelo el premio.) (Se sube en una silla, arranca unas hojas de la corona y se las da á Teresa.) (¡Que rabie!) Toma.

TERESA. Adiós. (Vase por la derecha.)

DOROTEO. Ahora ejecutemos nuestro plan. ¡Bien dicen que es muy sabrosa la venganza! (Coge el bote de la tinta y un papel grande. Vase por la primera derecha y cierra. Óyese dentro la murga, que va acercándose y que sirve de principio al número siguiente. Celestino sale corriendo de la tienda.)

CELEST. ¡La charanga! ¡Ya está ahí la charanga!... ¡Alza pa el baile! (Apaga la luz y vase por el foro izquierda.)

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Calle. Sale por la derecha una murga compuesta de violín, clarinete, armonium, violoncello, guitarra y clarinete.

ESCENA I

MURGUISTAS, CRIADAS, TRANSEUNTES.

Música.

MURGUIST. Esto no es la murga
que se oye eternamente por ahí.
Esto es una orquesta
que puede con las buenas competir.
Hacemos mil primores
de ejecución
y sacamos la mar de efectos
de instrumentación.
Oído y atención.

(Tocan. Poco á poco van apareciendo grupos de transeuntes y criadas que se detienen á oirlos y acaban por bailar al compás de la música.)

Creo que en conjunto
se nos puede oir;
ahora van á ver ustedes
cómo toca el cornetín.
(Solo de cornetín.)
La banda de ingenieros

y la de alabarderos,
los músicos del czar
se quedan turulatos
ante estos cuatro gatos
que acaban de tocar.

ESCENA II

DICHOS, CELESTINO.

CELEST. Buenas noches nos dé Dios.
MURGUIST. Buenas noches tenga usté.
CELEST. No hay por qué tocar aquí.
DOS MURG. Ya lo sé.
OTROS DOS. Ya lo sé.
OTROS DOS. Ya lo sé.
CELEST. El amo me ha dicho
que les diga á ustedes
que pueden entrar.
MURGUIST. Pues vamos adentro,
que habrá pastelillos,
Jerez y Coñac.
(Vanse los murguistas por la izquierda.)
CELEST. Voy á guardar á escape
los panecillos,
pa que no se los lleven
en los bolsillos.
(Intenta seguir á los músicos, pero las criadas le rodean y le detienen.)

ESCENA III

CELESTINO, CRIADAS.

1.er GRUPO. No te vayas, Celestino.
2.º GRUPO. Celestino, ven acá.
CELEST. Hago falta en los salones.

1.er GRUPO. Luego irás.
2.º GRUPO. Luego irás.
TODAS. Cuéntanos primero
qué va á ser la fiesta
y esa cuchipanda
que tenéis dispuesta.
CELEST. Contra más os diga
lo que va á pasar,
contra más dentera
sus tiene que dar.
CORO. No importa, dílo
CELEST. Tengo que hacer.
CORO. Ya lo harás luego.
CELEST. ¡Cómo ha de ser!
Vienen esta noche
todos los ministros
por casualidad,
y á la madrugada
pué que venga el nuncio
de Su Santidad.
CORO. ¡Qué atrocidad!
CELEST. Y como regalos
para las figuras
en el cotillón,
se darán diamantes
como huesecitos
de melocotón.
CORO. ¡Y un jamón!
CELEST. ¡No es exageración!
Hay para la cena
ciento veinte cajas
de rico champán,
y en un carro grande
de esos de mudanzas
han traído el pan.
CORO. ¡Echa pan!
CELEST. Sólo para postres
hay ochenta kilos
de rico fresón,

veinte de sandías,
doce de naranjas
y ocho de limón.

CORO. ¡Sube, limón!

CELEST. No hay exageración.
Conque voy adentro,
que es mi obligación.

CORO. ¡Márchate, embustero!
¡Quita, trapalón!

(Todas le empujan y él se va por la izquierda.)

¡Qué atrocidad!
¡Qué atrocidad!
Va á venir el nuncio
de Su Santidad.
¡Qué exageración!
¡Qué exageración!
¡Van á coger todos
una indigestión!

(Vanse por ambos lados.)

Mutación.

CUADRO TERCERO

Salón á tódo foro ricamente amueblado. Grandes puertas á derecha é izquierda. En el foro derecha puerta de entrada al salón. Al foro izquierda balcón practicable con elegantes colgaduras. Varios candelabros con velas encendidas encima de la consola colocada en el centro del foro, con espejo y reloj. Dos columnas á los lados con figuras que tendrán aparatos para velas, que también estarán encendidas. Araña de luz eléctrica colgada del techo, que se apaga á su tiempo desde la escena. Dos mesitas entre las puertas laterales, y encima de éstas bandejas con helados. Al levantarse el telón se oye una pieza que toca la murga colocada dentro, á la izquierda. El balcón está abierto. En el centro de la escena, sentado en una silla y con los brazos cruzados en actitud aburrida, está D. Rufino, vestido de frac ó smóking, pantalón corto y medias negras. Doroteo, con librea de portero, sentado en el vestíbulo.

ESCENA I

RUFINO, DOROTEO, luego CELESTINO

RUFINO. (Levantándose y hablando hacia la izquierda.) Bueno, maestro; basta ya. (Cesa la música.) Está visto que es inútil. (Vuelve á sentarse.) ¡Pues señor, nos hemos lucido! (El reloj da las doce.) ¡Las doce! (Sacando su reloj.) Sí; las doce, y no ha venido un alma, y las invitaciones decían á las diez y media. ¡Cosa más extraña! Estamos dando un baile para nosotros solos. He mandado abrir los balcones y tocar algunas piezas para llamar la

atención... ¡Que si quieres! No cae un concurrente... En cambio, en casa de Peláez está animadísimo. (Levantándose y mirando por el balcón.) Desde aquí veo sus balcones. (Volviendo al centro de la escena.) Es para volverse loco... Y el caso es que han venido algunos coches, se han parado á la puerta de casa un momento y se han marchado sin que bajara nadie. ¡Sospecho alguna mala pasada de Peláez!

CELEST. (Saliendo segunda izquierda.) Esto me está inmenso. ¡Camará, qué manga! Ni la de la parroquia!

RUFINO. Oye, Celestino.

CELEST. Mande usté.

RUFINO. Dame un helado y tómate tú otro. Dale también á Doroteo. (Si no se deshielan.) (Celestino le presenta la bandeja.) No se sirve así, hombre.

CELEST. ¿Qué más da? Pa entre nosotros...

RUFINO. No importa; por si acaso, mira: se sirve así... con cierto balanceo, con cierta elegancia... ¿Quiere usted un helado?... ¿Quiere usted?... (Da una vuelta fingiendo que sirve á alguien, y al acercarse á la primera derecha tropieza con Segismunda que sale seguida de Roldán y Adela cogidos del brazo.)

ESCENA II

DICHOS, SEGISMUNDA, ADELA y ROLDÁN, éste de frac y las señoras vestidas de baile.

SEGISM. ¿Quieres no ser torpe?

CELEST. (¡Anda, toma balanceo!)

RUFINO. Dispensa. Le estaba enseñando á éste.

SEGISM. ¿No ha venido nadie?

RUFINO. Ni jota.

ADELA. (Esto es cosa de Doroteo; pero ¿qué habrá hecho?)

RUFINO. (Á Roldán.) Usted nos dispensará esta soledad... Pero...

ROLDÁN. ¡Oh! No tiene nada de extraño. (¡Qué plancha!)

SEGISM. Como está el tiempo lluvioso... se retrae la gente.

RUFINO. Eso. Algunos no tienen paraguas... y se retraen.

SEGISM. Anda. Anden ustedes. Dar una vueltecita por los salones.

ADELA. (¡Qué pesadez!) (Roldán vuelve á ofrecerla el brazo y vanse por la segunda izquierda. Doroteo al pasar Adela la hace señas. Celestino se va por el foro.)

SEGISM. Rufino, estamos haciendo el ridículo.

RUFINO. Ya lo veo.

SEGISM. ¿Qué va á decir la prensa?

RUFINO. No sé. ¡Yo que me he puesto tan elegante! Me dijo el sastre que esto era *fin de siecle*.

SEGISM. Pareces un torero de luto.

RUFINO. Bueno, y ahora ¿qué vamos á hacer con la cena?

SEGISM. Toma, comérnosla.

RUFINO. ¡Si son ochenta cubiertos!

SEGISM. Pues lo que sobre, se guarda para merendar por las tardes.

RUFINO. Por cierto que tengo aquí la lista, y no la he mirado. (Sacando un papel.)

SEGISM. A ver, á ver.

RUFINO. Menu: «Puré de patatas.» Esta es la sopa. «Carne asada con patatas.»

SEGISM. Muy bien.

RUFINO. «Lenguado con puré de patatas.» (Se miran asombrados.) «Patatitas á la...» Oye: ¿sabes que me parece que este tío nos ha metido la patata?

SEGISM. Es verdad.

RUFINO. En fin, paciencia. Lo peor es que no venga nadie.

SEGISM. Manda tocar. Bailaremos.

RUFINO. No, no, hija. Esto ya está visto. Estamos gastando luz inútilmente. Vamos á apagar y cenaremos en familia.

SEGISM. Tienes razón. (Apagan la luz eléctrica del aparato del centro y empieza á apagar velas, cuando sale Celestino corriendo por foro derecha.)

ESCENA III

DICHOS, CELESTINO, luego ocho CAMAREROS.

CELEST. ¡Don Rufino! ¡don Rufino!

RUFINO. ¿Qué hay?

CELEST. Que un porción de caballeros suben por la escalera. Deben venir aquí. ¡Traen frac!

RUFINO. ¡Canastos! ¡Y hemos apagado! ¡A encender... á encender!.. (Lo encienden todo precipitadamente.) Doroteo, sal á recibir á esos señores. ¡Vamos! Ya tenemos quien nos ayude á tomar los sorbetes.

DOROTEO. (En la puerta.) Por aquí. Pasen ustedes. (Aparecen los ocho camareros sin sombreros y de frac.)

CAM. I.° ¿El señor don Rufino Pegote?

RUFINO. Servidor. ¿Qué tal? (Les da la mano; los camareros vacilan al responder.)

CAM. I.° Bien, ¿y usted?

RUFINO. Bien. Mi señora. (Presentándola.)

CAM. I.° (A los otros.) No es aquí la desgracia. Será en otro piso...

RUFINO. Tenemos muchísimo gusto... Esto, como ustedes ven, está algo desanimado... pero, ¡qué caramba! el tiempo... Por eso agradecemos más... Celestino, sirve sorbetes á estos caballeros.

CAM. I.° (¿Sorbetes?) Debo advertir á usted que...
RUFINO. Vamos, hombre, no hay que hacerse rogar, !qué demonio! (Celestino trae la bandeja.)
CAM. I.° (Nada, que nos toman por otros.) Puesto que usted se empeña... (Tomando cada uno un sorbete.)

Música.

CORO. El suave mantecao,
cuando está muy helao,
sienta muy bien después del bacalao.
(Sorbiendo.) ¡Uf, uf, uf!
¡Qué bueno está,
qué rico es!
(Idem.) ¡Uf, uf, uf!
pero fuera mejor
dejarlo pa después.
RUF. SEG. CEL. El tomar un sorbete
á nada compromete,
y ayuda al que lo toma
á hacer la digestión.
En la repostería
trabajan todo el día
haciéndolos muy buenos
de fresa y de limón.
CORO. Como nosotros
no hemos cenao,
hacemos boca
con el helao,
que sabe á gloria,
eso es verdá.
!Qué gusto tiene,
qué rico está!
Pero no quita el hambre,
más bien la da.
¡Qué bueno es!
¡Uf, uf, uf!

¡Qué rico está!
¡Aaah!

TODOS. Sórbete el sorbete
de crema y vainilla;
quítale el copete
con la cucharilla.
Sorba usté el sorbete,
sórbaselo usté,
que tiene debajo
crema de café.

—

Los hay de naranja,
que son deliciosos;
los hay de grosella,
que son coloraos.
Pero si se cenan
manjares sabrosos,
los más convenientes
son los mantecaos.
Porque el mantecao,
si está muy helao,
sienta muy bien después del bacalao.
¡Uf, uf, uf!
¡Qué rico está!
¡Qué bueno es!
¡Uf, uf, uf!
Pero fuera mejor
dejarlo pa después.

Hablado.

RUFINO. ¿Qué tal? ¿Estaban buenos?

CAM. I.° Superiores. (Este señor está de la cabeza.) Caballero, nosotros somos...

RUFINO. Es igual. Cenarán ustedes con nosotros, ¿eh?

SEGISM. ¿Les gustan á ustedes las patatas?

CAM. I.° (Asombrándose.) ¿Las patatas? Sí, señora. Creo que á todos nos gustan las patatas.

RUFINO. Bueno, pues por de pronto... ¡á bailar!

CAM. 1.º (Lo dicho.) Caballero, creo que está usted equivocado Nosotros somos los camareros del Hotel de París que venimos á...

RUFINO. ¡Cómo! ¿Los criados? Y ¿por qué no me lo han dicho ustedes antes?

CAM. 1.º No nos dejó usted.

RUFINO. Pues ¡hala, ¡hala! al comedor (Empujándoles). Por ahí. Celestino, acompáñales. (Vanse Celestino y los camareros segunda izquierda.)

SEGISM. Nuestro gozo en un pozo.

RUFINO. En este baile todo se vuelven criados. Vaya, vamos á apagar... Doroteo, apaga. Ahora... al mirador á tomar el fresco mientras preparan la mesa. Andando. (Vanse Rufino y Segismunda segunda izquierda))

ESCENA IV

DOROTEO, luego CELESTINO, después ADELA.

DOROTEO. (Apagando.) Estoy loco de contento. Mi plan ha salido á las mil maravillas. No sube nadie. .. ¡Naturalmente!

CELEST. (Saliendo por segunda izquierda.) ¡Chico , vaya un baile salao! ¡Yo me voy á echar un chotis con las criadas! (Vase foro derecha.)

ADELA. (Saliendo segunda izquierda.) ¡Doroteo!

DOROTEO. ¡Adela! Escucha.

ADELA. Me he podido escapar para hablar contigo un momento. ¿Cómo te has arreglado para salirte con la tuya?

DOROTEO. ¿Quieres saberlo?

ADELA. Sí.

DOROTEO. Pues déjame besarte el dedo meñique.

ADELA. ¡Qué manía! Anda, besa y habla pronto.

DOROTEO. Verás. Cuando cerramos la tienda me salí al portal, y como los porteros no están porque han subido á ayudar, cerré una hoja de la puerta. Después hice un cartel con unas letras muy gordas que decía: «Cerrado por defunción», y ¡paf! lo pegué en mitad de la portada. Por eso no sube nadie.

ADELA. Claro. Se figurarán...

DOROTEO. Que ha habido en la casa una desgracia repentina y que no estaremos para bailes. ¿Comprendes?

ADELA. Sí, sí. Pero si se entera papá, te va á romper algo.

DOROTEO. ¿Cómo se va á enterar? ¡Tú no digas nada!

ADELA. Descuida.

ESCENA V

DICHOS, RUFINO, CELESTINO, luego el MAITRE DE HOTEL.

RUFINO. (Dentro.) ¡Niña! ¡niña!

ADELA. ¡Papá! (Doroteo va corriendo á sentarse en el vestíbulo).

RUFINO. (Dentro.) ¿Vienes, mujer?

ADELA. Ya voy. (Vase segunda izquierda.)

CELEST. (Sale corriendo por el foro.) ¡Don Rufino! ¡don Rufino!

RUFINO. (Saliendo por segunda izquierda.) ¿Qué quieres?

CELEST. Otro... otro.

RUFINO. ¿Otro qué?

CELEST. Otro caballero muy elegante con gabán de pieles, que sube.

RUFINO. ¿Sí? ¡Caramba! Pues ese no puede ser un criado. ¿Si será?... ¡Demonio! Las cerillas... A encender á escape. (Corriendo atortolado por la escena.)

Tú, ayuda. Doroteo, recibe á ese señor. (Enciende de nuevo.)

MAITRE. (Entrando.) ¡Oh! ¡Qué lástima! (Doroteo se ríe.) Ahora ya no cenarán. (Saludando.) Señor...

RUFINO. (Dándole la mano.) Señor...

MAITRE. Siento mucho haber llegado en tan mala ocasión. Yo no podía figurarme...

RUFINO. ¿Mala ocasion? Nada de eso. (Parece extranjero.) ¡Ah! Ya caigo... Del Cuerpo diplomático. ¿Quiere usted un sorbete?

MAITRE. ¡Oh! De ningún modo.

RUFINO. ¡Están muy ricos!

MAITRE. No. Gracias.

RUFINO. Bueno.

MAITRE. Yo no sabía la pérdida que ha sufrido usted.

RUFINO. ¿La pérdida?. . ¡Ah, sí! (Este ha leído en *El Imparcial* lo de la pulsera.) Pues sí... pero no he sido yo...

MAITRE. Ya me lo figuro.

RUFINO. Fué mi señora.

MAITRE. (¡Y lo dice tranquilo! ¡Qué egoísta!)

RUFINO. Se metió en unas apreturas y claro...

MAITRE. (¡Ha muerto espachurrada!) Comprendo su dolor...

RUFINO. No; si no crea usted que lo hemos sentido mucho: era muy vieja.

MAITRE. (¡Oh! Qué atrocidad!) De todas maneras, comprendo que ya no habrá baile.

RUFINO. Sí, señor. ¿Pues no ha de haber baile? (¡Lo que no hay son bailarines!)

MAITRE. (¡Es increíble!) Y cena... ¿también?

RUFINO. ¡Claro que sí! (¡Qué poca vergüenza tiene este diplomático!)

MAITRE. En ese caso, como yo vengo exclusivamente por la cena...

RUFINO. (¡Viva la franqueza) (¡Caramba y qué poco disimula el hambre!) Descuide usted, hombre, cenaremos No se apure por eso.

(¡Este agarra una indigestión de patatas!)

MAITRE. ¿Á qué hora? Si puedo saberlo.

RUFINO. (¡Dale! Le corre prisa por lo visto.) Pues... dentro de un rato. Pero si quiere usted tomar algo...

MAITRE ¡No, no!

RUFINO. (Se reserva.) (Sale Segismunda por la segunda izquierda.) ¡Ah! Ven aquí.

ESCENA VI

DICHOS, SEGISMUNDA.

SEGISM. Rufino. (¿Otro criado?)

RUFINO. (No; un diplomático muerto de hambre.) (Presentando.) Mi señora.

MAITRE. (Asombrado.) ¿Cómo?

RUFINO. Que mi señora (Como es extranjero, no entenderá.) ¡Madam Pegote! (Gritando.)

MAITRE. Pero eso es imposible.

RUFINO. ¿Imposible?... ¿Y por qué ha de ser imposible que ésta sea mi señora? (Este hombre está chocho.) Vaya, amigo mío, ofrézcala usted el brazo y darán una vueltecita por los salones.

MAITRE. Bien, pero escuche usted...

RUFINO. Sí, que á qué hora se cena, ¿eh? (Empujándola nuevamente.)

MAITRE. No, es que antes dijo usted...

RUFINO. Bueno, ande usted, ya hablaremos... (No se me vaya á escapar. Siquiera, hace bulto.)

MAITRE. Bien, bien. Señora... (Le da el brazo.) No comprendo... (Vanse Segismunda y Maitre por la segunda izquierda.)

ESCENA VII

RUFINO, DOROTEO

RUFINO. Por fin cayó uno, y nada menos que extranjero. Ya voy comprendiendo lo que ha sucedido. Esto es que se han retrasado y ahora empiezan á venir.., Los cité demasiado temprano. ¡Ah! se me ocurre una idea. ¡Doroteo!

DOROTEO. ¿Qué quiere usted?

RUFINO. Es fácil que venga el gobernador con su señora. Ten mucho cuidado, ¿eh? No te atortoles y anúncialos con voz fuerte y simpática... Así: «El señor gobernador y su apreciable señora». Díle á Celestino que esté al cuidado, y cuando yo dé una palmada, que venga con las bandejas.

DOROTEO. Bueno. (Vase por el foro.)

RUFINO. (Hablando hacia le izquierda.) Oiga usted, maestro. Cuando yo dé una palmada así, (Dándola.) es que entra el gobernador, y quiero que toquen ustedes algo patriótico, por ejemplo, «la marcha de *Cádiz*». ¿Comprende usted? Bueno... (Ruido de voces en el foro.) ¿Eh? Parece que riñen.

ESCENA VIII

RUFINO, MARCELINA, CELESTINO, DOROTEO.

RUFINO. ¡Caramba! Doña Marcelina, ahora no hay despacho.

MARC. No se trata de eso. Quiero hablar con usted de un asunto muy grave. (Doroteo vuelve al foro, Celestino se separa.)

RUFINO. ¿Muy grave?

MARC. Sí; sépalo usted. Ese ingeniero que tiene usted en su casa y con quien quiere casar á su chica no es tal ingeniero.

RUFINO. Pues ¿qué es?

MARC. Un granuja que ha bailado en varios teatros conmigo y que me abandonó hace año y medio, llevándose mil pesetas para montar una fábrica de paraguas.

RUFINO. ¡Ay! (Cae angustiado sobre una silla.)

MARC. Pruebas: ese retrato. (Le da uno.)

RUFINO. ¡El señor Roldán vestido de bolero!

MARC. Y esa carta que su sobrino de usted dió á mi criada para echarla al correo. Reconocí la letra y la abrí. (Se la da.) La correspondencia es sagrada, pero...

RUFINO. La del interior, no. (Leyendo.) «Querido Luis: La cosa marcha. El memo de Pegote soltará los mil duros. Mañana hablaremos.—*Roque.*»

MARC. Pues yo dije: voy á esperar á que sean las doce, que será la hora en que el baile estará más animado...

RUFINO. Sí, animadísimo.

MARC. Me planto allí y armo una escandalera.

RUFINO. No, yo le hablaré primero; escóndase usted.

MARC. Pero...

RUFINO. (Empujándola.) Entre usted ahí. (Entra Marcelino en la primera derecha. Á Celestino.) Que venga el señor Roldán inmediatamente. (Vase Celestino segunda izquierda, á tiempo que sale por el mismo sitio Segismunda, muy sofocada.)

ESCENA ÚLTIMA

RUFINO, DOROTEO, SEGISMUNDA, luego ROLDÁN, ADELA, después CELESTINO, CAMARERO 1.°, el MAITRE D'HOTEL al fin MARCELINA.

SEGISM. Rufino, otra plancha. Ese hombre es el que viene á dirigir el servicio de la cena.

RUFINO. ¡Calla! ¡El Maitre! Ahora caigo. Pues hija, falta la más gorda, toma. (Le da la carta y el retrato.)

SEGISM. ¡Eh! (Mira el retrato y lee la carta. Salen por la izquierda Adela y Roldán.)

ROLDÁN. ¿Me llama usted, querido suegro?

RUFINO. Suegro, ¿eh? Caballero... ¡es usted un canalla!

ADELA. ¿Qué dice? (Doroteo se acerca.)

ROLDÁN. ¿Yo? No tolero...

RUFINO. (Cogiendo á Segismunda el retrato y la carta.) ¿Reconoce usted esto? (Se lo da.)

ROLDÁN. (¡Me pescaron!)

RUFINO. (Cogiéndole por las solapas.) ¿No dice usted nada?

ROLDÁN. Suelte usted.

RUFINO. No te suelto, bribón, granuja.

ROLDÁN. ¿Que no? (Le da una bofetada muy fuerte. Rufino le suelta y se echa mano á la cara. Roldán escapa corriendo por el foro y Doroteo tras él. En el mismo momento de sonar la bofetada, la música rompe á tocar la marcha de Cádiz. Celestino y el Camarero 1.° salen por la segunda izquierda con dos bandejas y se les presentan á Rufino. Todo muy rápido. Detrás de Celestino y el Camarero sale el Maitre d'hotel.)

RUFINO. (Á los músicos.) ¡Eh, no, no! ¡Que no es el gobernador, que ha sido una torta! (Cesa la música, Celestino deja la bandeja y sale corriendo por el foro.)

MARC. (Saliendo por la primera derecha.) ¿Qué pasa? ¿Y Roque?

RUFINO. Acaba de escaparse.

MARC. ¡Ah, pillo! (Sale corriendo por el foro.)

RUFINO. Ingeniero, no será, pero lo que es mecánico... (Sale Doroteo jadeante por el foro.)

ADELA. ¿Le han cogido?

DOROTEO. ¡Quiá! Y al pasar por el perchero se ha llevado el gabán de pieles de este señor. (Por el Maitre.)

MAITRE. ¡Oh! *¡Mon Dieu!* Mi gabán... (Sale corriendo por el foro, el Camarero se ríe con estrepitosas carcajada.)

DOROTEO. Y el sombrero de uno de los camareros.

CAMARERO. (Poniéndose muy serio repentinamente.) ¡Cómo! ¿Un sombrero? (Deja caer al suelo la bandeja y vase también á escape por el foro.)

SEGISM. Aquí nadie se despide.

RUFINO. Calma, calma... ¡Ya no tiene remedio! (Sale Celestino por el foro con un papel muy grande en la mano.) Ea, recoger esos cacharros; puede venir gente y...

CELEST. No vendrá. Mire usted. (Le da el cartel.)

RUFINO. ¿Qué es esto?

CELEST. Un cartel que acabo de arrancar de la puerta de la tienda.

RUFINO. (Leyendo.) «Cerrado por defunción.» Está comprendido. ¡Esto es una venganza de Paláez!

ADELA. Eso, eso, de Peláez. (Haciendo guiños á Doroteo.)

SEGISM. Y ahora ¿qué hacemos?

RUFINO. Pues mira, apagar, cerrar la puerta y comernos en santa paz los ochenta cubiertos.

DOROTEO. ¿Y nosotros, tío?

RUFINO. Vosotros... ¡haré como que no lo noto otra vez!

ADELA. Se fastidiaron las Ursulinas.

DOROTEO. Y los Ursulinos.

RUFINO. Por supuesto, que el año que viene le pongo yo á Peláez «Cerrado por epidemia».

CELEST. Contra más tardemos en cenar, contra más hambre tengo.

RUFINO. Pues á cenar. (Al público.)

Si ustedes gustan, señores,
la mesa está preparada
y, á cambio de una palmada,
les convidan los autores.

TELÓN

3 0112 115880624

Esta obra se vende únicamente en el domicilio de la **Sociedad de Autores,** Florín, 8, bajo, Madrid.

Precio de cada ejemplar: **Una peseta.**